R

PIERDECHIVOS



PIERDECHIVOS

CUENTO ORIGINAL

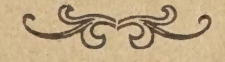
DE

Serafín Puertas

ARREGLADO PARA LA ESCENA
EN DOS ACTOS Y CUATRO CUADROS

por

J. Recasens Bartina



BARCELONA
LIBRERÍA DE «LA HORMIGA DE ORO»
1917

Imprenta de F. Altés y Alabart, calle de los Ángeles, 22 y 24.—Barcelona.

PERSONAJES

AMBROSIO	Propietario.
MIGUEL	Médico.
JUAN.	Mayoral.
PABLO	Pastor vaquero.
EULALIO	Pastor cabrero.
ANTONIO.	Mozo.
JOSÉ.	»
ISIDRO	Jornalero.

La acción se desarrolla en una casa de labranza de la montaña en la provincia de León. Epoca actual.

ADVERTENCIA

En los monólogos que en el cuadro tercero y en las escenas segunda del cuadro segundo y tercera y cuarta del cuadro cuarto, tienen respectivamente Eulalio, Miguel, Ambrosio y Juan, y que han de ser perfectamente sabidos y bien ensayados, procuren los intérpretes identificarse con la situación y lucir rica gama de matices para apoderarse del público y hacerle sentir toda la fuerza dramática del argumento. Fíjense en que son relaciones de lucimiento propias para sugerir honda impresión en el auditorio si se valen de una viva pero prudente declamación descriptiva, evitando las exageraciones que, pecando por carta de más, pudieran malograr el efecto.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una estancia de casa de labranza. En el foro una ventana a la izquierda, un hogar en el centro y un montón de mazorcas a la derecha. Puertas laterales. Dos a la derecha que van: la del primer término al corral, la del segundo término a la cuadra, y dos a la izquierda que conducen: la primera a las habitaciones y la segunda a la cocina. Cabe el hogar banquetas, banco y sillas bajas de enea. Una mesa grande en el centro y hacia la izquierda. De la chimenea cuelga una olla grande. El hogar está encendido. Detrás de la mesa y hacia la izquierda un modesto sillón de baqueta.

Escena primera

AMBROSIO sentado en el sillón de baqueta acabando de leer una carta; la tira junto a otras tres abiertas que hay sobre la mesa. Coje otra cerrada. la abre y la lee:

AMBRO. ¡Qué amargo dejo tienen para mí estas cartas a pesar de ser de felicitación y de mis hijos! *(Lee.)* «Queridísimo papá: Ya que perentorias ocupaciones me privan del placer de acompañarle en su onomástico, le envío con la presente el testimonio del fervor con que elevo a Dios mis oraciones para que le colme de prosperidades y le conserve por muchos años su preciosa salud y singular robustez.

Si no puedo volar a su lado como desea el cariño filial, que no ha de faltarle jamás, mi espíritu le acompañará y participará de la satisfacción que han de causarle las muestras de respeto y gratitud que con tal motivo recibirá de esos leales servidores y sencillos campesinos que tanto deben a las bondades de V.

Yo estoy muy bien de salud, a Dios gracias, y procuro aprovechar el tiempo para que no tenga queja de mi.

Adiós, querido papá, cúidese mucho y no dude jamás del cariño de su hijo que respetuosamente le besa la mano.»

(Recit.) Esto es, *mutatis mutandis*, todos vienen a decir lo mismo. Todos me quieren, pero, uno por fas, otro por nefas, ni uno solo puede venir para alegrarme con su compañía en el día de hoy. *(Amargura, pensativo, pausa).* No es que mis hijos no amen la casa de su padre, no; es que les espanta esta aldeita apartada; les da grima la soledad de estas serranías, el silencio de estos valles recogidos; les aburre y ahuyenta esta casa labradora y resonante del trajín de criados y pastores, oliente a ganados y establos, sima de paja y hierbas de los cebos... ¡los señoritos! A ninguno de ellos atrae esta riqueza labradora que es el orgullo de su padre. Ni siquiera al mayor, el capitán, como contraste a su vida de regimiento. Gustará más de lucir sus estrellas vanas sobre los brazos ociosos; de arrastrar su sable inútil, en los salones, entre gentes de paz; ni siquiera al menor, el abogado. *(Apesadumbrado inclina la cabeza sobre el pecho).* ¡Qué chasco me ha dado ese pequeño! *(Descarga el puño sobre la mesa y se levanta. Pausa)* Como de niño mostró afición por las cosas del campo, creí que la casa tendría en él mi sucesor en la vieja hidalga rama de labradores nuestros antepasados. Cuando de jovencillo, en las vacaciones veraniegas de sus estudios, venía a la casa paterna, ya le esperaba bien adiestrado y lucío el soberbio potro de raza, rayo en las carreras de liebre; con escrupulosa pulcritud le tenían limpias las escopetas, con mimoso esmero cuidados los galgos. Era algo poeta: gustaba de leer a Horacio en las humbrías de las huertas, y a Virgilio entre las frondas de los viñedos y a nuestro Gabriel y Galán en las lindes de la besana, viendo arar.

Escena II

AMBROSIO y JUAN

Juan. Señor.

Ambro. Qué; qué pasa, pronto... *(Nervioso.)*

Juan. Habrá que llamar al albañil para...

Ambro. No, no, basta ya; ya estoy de albañiles hasta la coronilla... *(Pausa. Medio mutis de Juan. Ambrosio le llama. Transición brusca.)* ...oye: ¿para qué se necesita el albañil?

Juan. Para arreglar la tapia de la huerta.

Ambro. Bueno, bueno; llámele, que lo arregle y déjame en paz... *(Pausa. Pasea agitado; aviva la indignación; crispa los puños y se asoma a la ventana dando amargas voces.)* ¡Canallas... ingratos... malos hijos...!

Escena III

AMBROSIO y MIGUEL

Miguel. ¿Ya te dió la vena? Se te oyen las voces desde lo último del pueblo ¿qué te pasa?

Ambro. Pues, nada; que ni uno solo de mis hijos ha tenido vagar para venir y alegrar mi fiesta, que ya en lugar de ser para mí motivo de alegría, lo es de tristeza. ¡Canallas, malos hijos!... Ni aquel pequeño que tanto se entusiasmaba con el estrépito nervioso de las máquinas limpiadoras, con los agrios chirridos de los trillos de rulo, con el paleo sonoro del grano, con los cantares moceriles, con todo aquel bullicio alegre del trajín agostero...

Miguel. ¡Ah! ¿no sabías que los caprichos de la niñez son efímeros y que las aficiones de la juventud no perduran?

Ambro. Sí; pero cuando le deleitaban estas cosas parecía reflejar una vocación, y se me alegraba el alma, y decía para mí: «Cuando yo falte... ya, ya tiene

mañana amo esta casa milenaria de labradores;» pero no... ¡Qué cambio en el muchacho luego!

MIGUEL. Vaya, vaya, déjalos; si así es la vida.

AMBRO. La última vez que estuvo aquí profirió estas palabras que mataron mi esperanza:—«Papá, deja esto... eres ya viejo... vivir tan solo... Vente con nosotros, tus hijos, a la capital, y pon *esto* en venta»—. ¡Qué pena! Ya los hijos de labrador no quieren ser labradores. *(Desasosegado, frenético y nervioso, pasea la habitación entre pausas y paradas súbitas).* ¡Tan viejo y tan solo!... ¡Qué frío en el alma!... ninguno de mis hijos... Si al menos viviera mi esposa que en gloria esté...

MIGUEL. ...Y ¡qué remedio! Los pájaros vuelan, y allá queda el nido olvidado... En cambio, mira, yo he venido a comer contigo, y hemos comido en santa paz y buena compañía, y en paz acabe la fiesta; sin gritos, ni jeremiadas. Sé más filósofo, y si la vida es amarga de suyo, no nos la amarguemos más nosotros.

AMBRO. *(Ensimismado).* La vida es una ingratitud; no hay hijos para padres... ni uno ha venido, Miguel, ni uno; y ya soy viejo, no sé si me tendrán muchos días de mi santo... ya soy viejo... solo...

MIGUEL. Somos viejos, sí, Ambrosio... pero solo no estás... pues ¿y yo?

AMBRO. ...Hasta una esperanza que había cifrado en Eulalio, también desvanecida.

MIGUEL. ¿En Eulalio? *(Asombrado).*

AMBRO. Sí, en Eulalio: en ese Eulalio que saqué del santo Hospicio de Burgos. De pequeño tenía un aspecto muy grave, muy serio, como un hombrecillo, consciente de su desgracia, que mirase al mundo con terrible mirada infantil y exigiese cuentas a los hombres de haberle hecho nacer sin hogar. Huía de los chicos de su edad, siempre embebido en los quehaceres que le encargaba. Por la noche, en la cocina, tenía su rinconcito habitual donde cenaba en silencio, donde oía las conversaciones, sin chistar, donde se adormilaba de gusto, en silencio, desapercibido, al calorcillo de la lumbre. ¡Qué formalote! Ni una palabra ociosa, ni un juego infantil.—Va a ser un gran mozo—decía para mí, un hombre de provecho... y además sin padres... el desgraciado... ¡Ay, amigo! ya soy viejo, mis hijos ausentes... esta es la edad de que

al viejo más duro y más bragado le dan ganas de llamar nicto al primer buen chico que hay a mano.

MIGUEL. Mira, mira, Ambrosio, el pesimista habitual no vale para nada y, créame, hay que ponerle al mal tiempo buena cara.

AMBRO. Yo quería mucho a Eulalio, pero fué creciendo y me dió un desengaño amarguísimo; no había en el muchacho tal gravedad y circunspección, lo que había era... idiotez. El pobre Eulalio es sencillamente un zoquete y no otra cosa. Conforme fué creciendo, aquella mentida gravedad infantil fué alelamiento, estupidez...

MIGUEL. ¿Lo ves? tus ilusiones después de ser tales fueron además prematuras

AMBRO. ...Me exaspera, no entiende lo que le mando, hace las cosas al revés... y esto a mis años. .

MIGUEL. Sí, sí; ya hemos quedado en que somos viejos; precisamente hoy lo estaba pensando, los dos somos ya ancianos ¿quién de los dos, Ambrosio, se quedará el último? Aquel día sí que tu o yo estaremos absolutamente solos. *(Muy emocionado).*

AMBRO. ¡Por vida de...! *(Exclamación medio ahogada que no puede acabar a causa de la emoción. Tiende los brazos adelante y, en simultánea acción, los dos viejos se abrazan. Miguel solloza. Luego Ambrosio se suelta bruscamente y anda la estancia a largas zancadas, nerviosísimo y voceando).* Es un asco esta vida... la vejez...

MIGUEL. No, la vejez es un bien, querido Ambrosio.

AMBRO. No sabes lo que hablas...

MIGUEL. La vejez nos anuncia que pronto acabarán para nosotros las miserias de la vida, que pronto haremos el alto en la penosa peregrinación...

AMBRO. Un asco, un asco...

MIGUEL. ¡La vejez honrada! ¡Qué dulce esperanza de próximo descanso... las cadenas de nuestro cautiverio se quebrarán de viejas; se desmoronará la cárcel grosera, y el alma libre volará a su patria; el cuerpo caduco nos da a entender que nos acercamos a Dios.

Escena IV

AMBROSIO, MIGUEL, ISIDRO y JUAN cuando se indique.

Isidro. ¿Dan su permiso?... No *quisiá*... ¿Estorbo?... Si estorbo...

Miguel. Santos y buenos días nos dé Dios, Isidro. (*Aparte*). Este viene a pedir algo... mala ocasión escogió el pobre...

Amrro. Habla. (*Secamente*).

Isidro. Don Ambrosio, yo... vamos que no *quisiá molestále*... pero señor, si *paece* que alguna bruja nos ha *echao* una maldición.

Miguel. ¿Qué? (*Alarmado*).

Isidro. Es un decir... *pus* digo... que los tiempos están malos... el año ha sido perro... los *mercaos*, malos... la cosecha... *pa* el diablo... la hija malucha... un buey *perniquebrao*... la contribución encima... no hay pan en casa...

Ambro. Bien ¿y que? ¿a mí con esas? ¡Bah! Tu siempre el mismo; perdularis. Los malos mercados... ya lo creo... y las malas cabezas... y las malas borracheras de vinazo... ¿Por qué malvendiste hace seis meses la novilla, que para ahora te hubiera valido mil reales más? Así es como no levantáis cabeza nunca y es vuestra hacienda dos veces ruín. ¿Por qué no entraste en el sindicato de abonos? ¿Por qué no cercaste el prado de abajo que te hubiera dado cebos para todo el invierno? Esto no te hubiera costado dinero; pero tenéis los riñones muy delicados y vuestras manazas de holgazanes, más que a las piedras del vallado, saben ir a los vasos de la taberna. ¿Qué quieres ahora? Y las cuatro fanegas que llevaste el año pasado ¿por qué no me las devolviste por la septiembre?... y lo mismo tu compadre Jeromo, y tus hermanos, y todos los gandules de taberna y de baraja, que acudís a mí cuando os llega el agua al cuello; pero ¿os habéis figurado que yo soy una mina, que mi casa es el refugio abierto por obligación a todos los tumbones?... Te vas al *recuerno* tu y todos los bigardos... (*Pausa.*) vete; ¿qué *canastos*

haces ya ahí? *(Isidro, turulato, va a salir; le detiene una seña de Miguel quien le murmura al oído).*

MIGUEL. Insiste. *(Aparte a Isidro.)*

ISIDRO. Mire, señor: cuatro fanegas de trigo necesito, no hay pan en casa... un invierno tan crudo... *(Pausa).*

AMBRO. Juan. *(Llamándole.)*

JUAN. ¿Señor?

AMBRO. Dale a ese cuatro fanegas de trigo. *(A Isidro).* Anda, mastuerzo; ¿cuándo vas a poder pagarlas, pobretón?... que revientes con ellas... quítate de mi vista. *(Pausa. Medio mutis de Isidro. Transición).* Isidro, ven acá... ¿tienes jornal, hoy?

ISIDRO. No, señor.

AMBRO. Pues, quédate a trabajar por mi cuenta. Juan dale trabajo. *(Mutis de Juan).*

ESCENA V

AMBROSIO y MIGUEL

MIGUEL. ¡Qué lástima que con esas voces y exabruptos desluzcas las bellas obras de tu corazón! Del oro de tus acciones resta muchos quilates ese genio terrible... das la limosna pegando palos... apedreas con tu pan a los pobres; eres su providencia... pero providencia gruñona... si al fin siempre terminas por dar... quien no te conozca... hay que hacer el bien con cara sonriente... más caridad es a veces para un pobre una palabra de amor que una hogazá... no hay que ser así; tienes un gran corazón, pero acorazado de espinas; puesto que das y das largamente, dalo con sonrisas en tu boca y amores en tus ojos...

AMBRO. Si, eso es... tras de que regañando me tienen *frito,* dales con cara de risa... y verás; hazte de miel y te comerán todas esas moscas y zánganos.

MIGUEL. Pues, así hay que ser, de miel...

AMBRO. Pues, no me da la gana... Me pasaría lo que a tí... buen pelo has echado, pobretón; eras rico, y la hacienda de tus padres has dilapidado repartiéndola entre esos gandules que no se dan maña mas

que para llorar lástimas que ellos se causan... así estás tu, viejo y pobre, con tu ropa que fué de negro mate y que es hoy de verde lustroso, con las botas torcidas de viejas...

MIGUEL. Pues, si vieras, Ambrosio, que feliz me encuentro así... este aspecto exterior deteriorado es librea de bendita y santa pobreza... así como estoy, tan pobretón, soy rico de felicidades; el maestro Jesús me sonríe y me aprueba... y soy tan dichoso... querido amigo, ya sabes que me he empeñado...

AMBRO. Sí, en verme pobre, pero te jorobas...

MIGUEL. No; en hacerte amar la limosna, el desprendimiento.

AMBRO. Miguel... que ya empiezas ese sermón que te he oído mil veces...

MIGUEL. Y me oirás mil millones de veces... son los dos defectos que tienes... dos... el genio y...

AMBRO. Y calla, no me des el postre.

MIGUEL. No quiero... el genio y una punta de avaricia.

AMBRO. ¡Miguel! ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!... que el diablo te tiene cogido por esos dos agarraderos.

AMBRO. ¿Te callarás?

MIGUEL. No... Pase lo del genio, al fin y al cabo es apariencia, porque el corazón lo tienes bueno; pero lo otro... ¡¡el excesivo apego a la hacienda!!... Es defecto este natural y muy común entre los hombres que, como tu, envejecieron en el trabajo; lo que en principio fué virtud, se trocó en vicio por exceso; una vida larga consagrada en pleno al trabajo materializa al hombre; la riqueza de terruños es peligrosa, y apega las almas al suelo; tanto mirar al cielo, sólo para ver si llueve, hace olvidar que tras de las nubes hay otra cosa más importante; tanto mirar al suelo y trabajarle con el ahinco de toda una vida, encorva el alma lo mismo que el cuerpo hacia abajo... y echa raices en el suelo vil el corazón nacido para volar a lo alto... son pegajosos los ruines bienes terrenales; en su fango quedan presas y encenegadas vuestras almas... no impunemente se gasta una vida sobre...

AMBRO. Retóricas y bobadas... exageraciones.

MIGUEL. Verdades que aunque te escuezan, yo he de decirte. Es tu flaqueza... esa punta de avaricia... Ambrosio, que el objeto de la vida no es afanar,

aumentar esta escoria de riquezas perecederas... que no es esto lo importante...

AMBRO. Cállate de una vez...

MIGUEL. Que eres viejo...

AMBRO. Cargante, insufrible, intratable, chocho...

MIGUEL. Voceador... No, no me haces caso...

AMBRO. Vete al cuerno, machacón, predicador, posma...

MIGUEL. Voceador. (*Agotada la escasa paciencia, Ambrosio se agita airadamente vociferando y braceando. Miguel toma la puerta repitiendo con infantil terquedad*) Voceador. (*Mutis. Pero luego asoma la cabeza por la puerta entreabierta; manda una sonrisa bonachonamente picaresca a su enemigo y dice*).

A las cinco... ya sabes... te espero en mi casa a tomar el chocolate,... no tardes como acostumbras... adiós, *locaris*, voceador. (*Mutis. Salen Antonio y José con sendos capazos, se sientan junto al montón de mazorcas de las que van cogiendo y desgranando sobre sus respectivos capazos*).

AMBRO. Es un bendito de Dios... La verdad es que a veces soy demasiado adusto con él... pero ¿no es él muy machacón?... (*Pausa*). Pues, no ha de serlo si es tan constante y firme la excelente amistad que ocasiona sus insistencias? No cambiarán los efectos mientras no cambie la causa y esta... ¡ah, no! que no cambíe, no, que no cambíe nunca... Pero ¡¡ahora recuerdo!!... Juan... Juan... (*Llamando*).

JUAN. (*Saliendo*). Señor.

AMBRO. Anda y dile a D. Miguel que no podré ir a tomar el chocolate con él.

JUAN. Voy enseguida. (*Mutis por la puerta del corral y Ambrosio por la de las habitaciones*).

ESCENA VI

ANTONIO y JOSÉ

ANT. Pero que bestia es Eulalio *¿verdaz* tú? Yo no sé como el amo le puso a cabrero.

JOSÉ. ¿Sabes lo que digo? que al amo le da lástima al verle tan infeliz y no *quié echale* a pordiosear

porque... ¿en qué casa—fuera de ésta—había de sacar un *peazo* de pan de su trabajo?

ANT. Claro, porque *naide* había de ser tan tonto como el señor, pues, con el trabajo de Eulalio siempre ha *perdio* mucho, mientras lo *ganao* ha sido poco o *ná*. ¿No ves? en el escaso tiempo que lleva de cabrero ya se ha *ganao* el remoquete de «Pierdechivos».

JOSÉ. Ya ya, como záfio sí que lo es, pero es bueno y *agradecio*. Al amo le teme pero le quiere. Yo creo que si no le aturdiéramos tanto, él con sus regaños y nosotros con nuestras burlas, acertaría más en su trabajo.

ANT. ¡Quiá! su tontería no *tié* remedio. ¿No sabes? Ya perdió otro chivo. No será floja la turbonada que tendremos cuando el amo se entere.

ESCENA VII

Dichos y JUAN

JUAN. *(Sale hablando aparte, consigo mismo. Baja al proscenio).* El domingo es la feria del pueblo y a mi me toca quedarme aquí; pero, allí estará mi novia y... vamos que tenemos muchas cosas atrasadas que contarnos; así, pues, es preciso ver si consigo enredar a esos bobalicones. *(Alto y acercándose a los otros).* Ya sabéis que no podemos ir los tres a la feria pasado mañana puesto que ha de quedar uno para vigilar y cuidar el ganado.

JOSÉ. Yo ya me quedé el último.

ANT. Yo también.

JUAN. Sí, bueno, todos nos hemos quedado los últimos.

JOSÉ. Pero yo más último.

JUAN. ¿Veis? ya no nos acordamos de si antes me quedé yo u éste.

ANT. A mí me parece que fuí yo.

JUAN Si, pero a mí me parece otra cosa. En la duda pues, digo que en adelante vamos a hacer una cosa.

JOSÉ. ¿Qué?

JUAN. Echarlo a la suerte.

JOSÉ. ¿Cómo?

JUAN. Como es costumbre: a cara o cruz, y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. ¿Conformes?

ANT. Bueno.

JOSÉ. Por esta vez y por haber duda, pase; pero volviendo al turno en adelante.

JUAN. Pues bien, yo echaré la moneda y si cae quedando por encima la cruz *(a Antonio)* tú serás el cuadrero, y si queda por encima la cara *(a José)* lo serás tú....

JOSÉ. ¿Y vos?

JUAN. Yo si queda de canto.

ANT. Me parece que esto tiene trampa *¿verdá* José? *(Ingenuo).*

JUAN. ¡Qué ha de tener! la cosa es muy clara.

ANT. ¡Ah!, sí, como claro si que lo *paice*, pero...

JUAN. Mira, no quiero desconfianzas, tira tú mismo la moneda y acabemos de una vez. *(Antonio toma la moneda y la tira al aire).*

TODOS. Cruz.

JUAN. Tu eres el cuadrero. *(Ambrosio. Oyense voces de Ambrosio).* Ya está aquí el amo.

ANT. *Paice* que pisa fuerte.

JUAN. ¿Sabrá ya lo del chivo?

ESCENA VIII

Dichos, AMBROSIO e ISIDRO

AMBRO. *(Saliendo).* ¿A dónde está...

JUAN. Señor.

AMBRO. ... dónde está ese idiota?

JUAN. No sé...

AMBRO. Pues buscarle y que venga al momento... *(Pausa. Nadie se mueve.) (Más fuerte).* ¿Me habéis oído?... He dicho ya que venga ese idiota al momento. *(Siéntase cabe el hogar).*

JUAN. ¿Voy yo por él?

AMBRO. No, que vaya Isidro. *(Mutis Isidro)*... Esto es el colmo; no parece sino que todo se conjure para acabar conmigo; pero ¡vive Dios!...

ISIDRO. *(Sabiendo).* No quiere venir... porque dice... que

le da reparo de presentarse a usted... que tiene miedo...

AMBRO. *(Enderezando el busto, soltando con estrépito las tenazas con que urgaba los leños de la lumbre y anonadando a Isidro con una mirada).* Dile que yo lo mando... y se acabó. *(Pausa).* De modo, Mayoral, que con este lleva el zagal perdidos... *(Coge otra vez las tenazas).*

JUAN. Tres chivos, señor. *(Pausa).* Es por demás bruto ese santero, no sirve para nada.

AMBRO. *(Enérgico).* No te preguntaba más... ¿y a tí qué?

ESCENA IX

Dichos ISIDRO y EULALIO. Durante esta escena, José irá poniendo la mesa

ISIDRO. Aquí está. *(Eulalio temblando y con la cabeza caida. Ambrosio presa de nervioso desasosiego se revuelve sobre su asiento, le mira furioso sin hablarle, da impetuosos bríos a su tenaceo maquinal, y por fin se le encara).*

AMBRO. Vamos a ver... animal, ¿qué dices? *(Pausa. Eulalio permanece como petrificado. Ambrosio levanta la cabeza de la lumbre y blandiendo las tenazas sobre la cabeza del chivero, dice)*: Pero... ¿qué? ¿cómo ha sido ello?... ¿qué dices? (*Pausa*). Y así... tan fresco... con la mayor naturalidad del mundo... ¡bruto y además sinvergüenza!... es decir, que en mí siempre tuviste no un amo sino un padre, y así me lo pagas... a propósito me perjudicas... el odio al amo... ¿qué te he hecho yo sino beneficios, para que me desgracies día tras día un rebaño? (*Se levanta*). Pero basta... estoy harto... mañana mismo te vas... te echo de esta casa que no sabes querer, pedazo de carnero. ¿Lo oyes mayoral?: mañana le das la cuenta. (*A Juan*).

EULA. (*Tirándose al suelo y abrazando las rodillas de Ambrosio).* ¡Mi amo! ¡mi amo!... por lo que más quiera... por sus hijos... ¡por Dios!; el chivo se rezagó, no me dí cuenta... toda la tarde buscándole, corriendo el bosque... puede ver... tengo los pies hinchados... no me *espache*, yo estoy en la casa aunque *siá* en sin jornal... por un cacho pan.

AMBRO. Levántate, mastuerzo, (*Muy conmovido, le empuja con el pie, tira violentamente las tenazas a la lumbre y a voces dice*): Levántate, caballería, podenco... y ponte a cenar... pero, mira, mira... (*Le coge por los hombros, le acerca el rostro y clavándole los ojos en los ojos dice*): Oyelo bien, «Pierdechivos»; si no te enmiendas, si vuelves a perderme otra res, te echo de casa a patadas... te abro en canal, alcornoque... Y anda, ahora cena... no, ahí no... en esa mesa cenan los criados buenos, los que me trabajan la hacienda y me la aumentan y ganan su comida honradamente... tú no, bandido; ahí en ese rincón, ponedle ahí la cena como a un perro... la cena que no ha sabido ganar... Ahí, ese que véis, peor es que un mendigo, porque es un traidor... peor es que un ladrón, porque es un cobarde; me voy de tu vista porque me mata verte. (*Eulalio queda refugiado en un rincón con la cazuela de la cenilla bajo la cara: llora. Los mozos, que han ido sentándose alrededor de la mesa, entre risitas, curiosas miradas a Eulalio y alguna voz que dice «Pierdechivos», empiezan a servirse de la humeante olla que colgaba de la chimenea y que habrán puesto sobre la mesa*).

ISIDRO. El chaparrón ha sido fuerte.

JOSÉ. Mírale; calado hasta los huesos.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

La misma decoración del primer acto.

Escena primera

ANTONIO y JOSÉ desgranando maiz y cantando

Los dos. Si acaso vas golondrina dichosa
tu nido hacer, etc.

José. A «Pierdechivos» le *entró* hondo la reprimienda. Anoche ni probó bocado... él tan tragón... Creyó que iba de veras lo de tener que salir de esta casa.

Ant. No es extraño que él lo creyera. Si también lo creí yo aunque conozco bien el carácter del amo y lo pronto que suele soplar el viento contrario.

José. Ya ves. Y esto a pesar de que «Pierdechivos» más que nadie ha tenido ocasión de experimentar que tras una tempestad de voces fuertes y palabras duras, asoma siempre la sonrisa de su corazón de padre bondadoso.

Ant. Pues a pesar de considerar esas bondades a veces uno no puede menos de hallar *demasiao* duros los motes con que apalea, por lo violentos, y siente uno acabársele la cuerda y hallarse al borde del arrebato.

José. ¿Y que le vamos hacer? Hay que comprimirse. A la postre todos debemos soportarnos porque el que no tiene un defecto, es porque tiene dos o o más y no porque no tenga ninguno.

Ant. Esta es la fija y de aquí que se diga: «Dónde irá el buey que no are».

José. Yo de mí sé decirte que por un hombre de malas

palabras, pero de buenas obras, doy ciento de los de malas obras y buenas palabras, porque como dice el doctor, hay que dejar el veneno dulce por la medicina amarga.

ANT. Claro; además, que amos como el nuestro.... cuando se conocen,... pues, mira... se deja que pase la tormenta y... al avío.

ESCENA II

Dichos. Sale MIGUEL sin ser advertido hasta que habla

JOSÉ. Pero ¿ves tu? A «Pierdechivos» le llega al alma y hasta que se dé cuenta de como ha de dejar pasar el chubasco, le tocara sufrir mucho.

ANT. ¿Sabes lo qué digo? que se lo merece todo. Por zoquete.

MIGUEL. Pues debierais mostraros más compasivo para con él. Yo me he propuesto aprovechar la primera ocasión para advertirle que no lo tome tan a lo vivo. El es bueno y trabaja con verdadera voluntad. ¿Qué es torpe? Y nosotros ¿no lo somos? Lo que pasa es que él resulta poco afortunado en su trabajo, y si nosotros fuéramos tan desgraciados como él, quizás alcanzaríamos una fama peor que la suya. Cuando cae un árbol todos acudimos con la hoz para cortarle ramas, y... a perro flaco todo son pulgas.

ANT. Es poco afortunado porque es torpe.

MIGUEL. O parece más torpe porque es poco afortunado. Fijaos... Cuando Pablo por su edad no podía ya con los dos rebaños, le quitaron el de cabras y le pusieron a Eulalio a cabrero... y, vamos, que le ha venido esto en una ocasión... (*Mutis de José cargado de maiz*).

ANT. ¿Qué quiere V. decir?

MIGUEL. De cara a las nubes y con unas reses irreductibles... Apenas hace un mes que se le dió el rebaño y... ya veis... la nieve ha cegado ya los barrancales y cañados, y la sierra es una gigantesca mole blanca que amenaza sepultarnos bajo un alud; allí arriba se fraguan las cegadoras celliscas matadores de caminantes extraviados;

las ventiscas de nieve que destejan y desmantelan las casuchas de los pobres; de allí bajan las alimañas dañinas que diezman los rebaños en la hondanada... el lobo terrible, azote asociado al de la nieve.

ANT. ¿Y qué?

MIGUEL. ¿Y qué? Que bien se conoce que tu no sabes una palabra de los disgutos que suelen ocasionar estos temporales.

ANT. ¿Disgustos?

MIGUEL. Disgustos, sí; y sérios peligros, porque cuando la nieve desciende de la cumbre a los flancos de la sierra y ciega las selváticas cañadas, entonces el lobo se vé precisado a dejar sus habituales cubiles, ahora inhóspites; vaga por el pie de la montaña, merodea los montículos de las estribaciones, limpias aún de nieve; y no encontrando en ellas su ordinaria caza de cervatillos y gazapos, furiosamente famélico se lanza al asalto de los primeros rebaños que topa, en el mismo valle, hasta dentro de las corraladas, con la épica bárbara valentía de su desesperación hambrienta. Ahora ya en este tiempo los pastores no aventuran sus rebaños más arriba del pie de la sierra; y a media tarde, por prudencia, retornan a casa. Y cuando la nieve baja al valle, ni eso; los rebaños han de invernar en los cobertizos.

ANT. ¡Ajajá! y entonces «Pierdechivos» a dormir.

MIGUEL. O ayudaros a vosotros. De todas maneras antes de llegar a esto, hay que pasar por lo que pasa ahora. Y ahora (*Transición*)... Oid lo que le ocurrió hace pocos días a Eulalio: El día estaba amenazador; sobre las nevadas cumbres había una negrura siniestra; abajo heladora llovizna; de tarde en tarde rasgaba las tinieblas de las alturas el fulgor de un relámpago y se oía retumbar en la serranía los truenos de lejanas tormentas de nieve; Eulalio comprendió que tenía que recoger el rebaño a toda prisa. Yo, de paso para la colonia agrícola, estuve contemplándole y escuchándole, pero andaba él tan preocupado y aturdido que ni siquiera me vió. Iba contando las cabras «uno... dos... tres...» De pronto tuvo un sobresalto... «treinta y cuatro; falta uno... ¡Dios mío! a ver... *tume*... aquí... brrr.» Restalló la honda sonoramente, chifloteó al perrucho y éste, en hábil maniobra, co-

rrida por acá, ladrido por allá, congregó el hato de cabras en apiñado grupo. El mozo volvió a contar; le saltaba el corazón en el pecho; sonaba su voz angustiosa: «uno... dos... tres... falta, falta... ¡qué va a ser de mi, Dios mío!

ANT. Vaya un rato como el que pasaría el infeliz.

MIGUEL. Se metió por el rebaño, requirió una a una las reses: «Justo, falta el chivo negro... ese chivato... le voy a deslomar de un palo...» Pero no estaba perdido. Como respondiendo a una llamada de angustia, o retando aquella amenaza, sonó un balido tembloroso y largo, balido de chivo pícaro, indócil y travesuelo. ¿Ahí estás? *Tume... ali chivi»*, trepó a un peñascal Eulalio y le mandó por el aire el garrote que trazó círculos zumbadores. Pero el cabrito sorteó el varapalo, burló también la piedra que le mandó a honda; y, nerviosamente rebelde, se empinó sobre las patas traseras, dió un arriesgado salto y se encaramó en otro risco más distante. Aquel chivo todo negro y todo malicia, como un diablejo, era la angustia de Eulalio: «*Tume... chive... tume...*» Más bien parecía súplica que no mandato al llamamiento. Por fin y ventura, dando piruetas a saltos con gráciles contorsiones nerviosas, el cabrito se agregó al rebaño y se entrometió por los demás, librándose de la acometida del perro. Eulalio respiró... ya estaban todos. Entonces, a toda prisa, se dirigió a los cobertizos. Pero te aseguro que con lo escamón y aturdido que está por los regaños del amo, por vuestras chirigotas y por el remoquete que le habeis echado, llevó un mal rato y un susto terribles.

ANT. Pues hoy está el día peor. (*Asomándose a la ventana.*)

MIGUEL. Efectivamente, mal cariz presenta esto. (*Trueno lejano*).

ANT. Se acerca la tormenta.

MIGUEL. Efectivamente;... vamos a ver cómo están los nervios del amo. (*Mutis*).

ANT. Y yo voy a encender la bendita vela del monumento. (*Trueno más fuerte. Se santigua y reza*). ¡Santa Bárbara! ¡¡San Marcos...!!

TELÓN

CUADRO III

Monte. Terreno accidentado. En segundo término un altozano que desde la tercera caja de la derecha, en declive muera cerca de la primera de la izquierda. Cerrazon.

Escena única

EULALIO tira una piedra con la honda hacia la derecha del fondo. Se supone que el rebaño está paciendo en la vertiente opuesta. El arte del autor puede convertir cada pausa en expresiva escena muda, luciendo en las últimas las voces, el manejo de la honda y demás maniobras propias de los pastores.

EULA. Alí... *brrr.* (*Se siente de espalda a los bastidores de la izquierda, pues no ha de darla al público ni ha de parecer que pierda de vista al ganado*). No he pegado los ojos en toda la noche... (*Pausa*). ¡¡Qué incomodo el de mi amo!!... Aquellas palabras: «...¿qué te he hecho yo, que he sido para tí un padre, para que me perjudiques?»... ¡Oh! las tengo clavadas aquí (*Al corazón*). «....¡el odio al amo!». (*Con amargura*). ¡Ah! no, no; (*Enérgico*) esto jamás. Yo no lo sabré expresar... pero le quiero... es el único sér a quien quiero mucho en este mundo... ¿Yo odiarle? No, no, jamás... Yo sé que es el único que me ha mostrado cariño y que he de estarle muy agradecido por lo mucho que ha hecho por mí... Por esto le amo a él como a un padre y amo también la casa; única que me ha cobijado hasta hoy... (*Pausa*). ¡Ah! no; antes morir que ocasionarle otro disgusto al amo... (*Pausa*). «Te echo de casa a patadas...» ¡Dios mío! antes de perdérseme otra res, pierdo la vida... ¡Perdérseme otra res...! Se verá... Se convencerá el amo de que sé ganar su pan y puedo comérmelo, no en un rincón por lástima y limosna, sino a la mesa de todos honrada y públicamente... Se verá... (*Flotan en el aire copos de nieve: se oscurece el firmamento. Eulalio se levanta, tiende la vista. Se agita, deja algo y sube luego un poco más por supuestas veredas del lado opuesto del altozano sin que desaparezca nunca del todo de la vista del público*). ¡Eh, chivi!... (*Pausa:*

luego grito de desesperación). ¡Ah!... Falta el chivo negro... Ridiez... ¡Qué pasa!... ¡Qué espanto el rebaño! Alto... *tuura*... Aquí... *brrr*... Se apiñan en torno del macho cabrío... Ali... ¡Qué pánico y qué desatentada carrera hacia el valle y hacia la casa!... ¡Y un chivo perdido! (*Cae nieve más abundante*). Un sudor frío baña mi frente... Y el temporal se formaliza... (*Con impera decisión*). Mas no importa, buscaré el chivo... (*Eulalio chifla al perro y emprende la ascensión al altozano hasta que se oye un balido débil y lastimero. Entonces, se para Eulalio y busca con la mirada hacia donde se ha oído balido, que se repite. Pausa. Repentinamente Eulalio toma una posición y aptitud de terror, y exclama*).
¡Ah! entre las patas del lobo rugiente... Pero no importa. (*Eulalio se quita la zamarra y se la lia al brazo izquierdo; requiere su navaja cabritera y con heróico arranque de valentia echa a correr al grito de*)
Allá voy yo. *(La nieve ha ido aumentando).*

TELÓN

CUADRO IV

Escena primera

La misma decoración del acto primero.
AMBROSIO y MIGUEL, ambos asomados a la ventana, y luego PABLO.

Ambro. Ya están aqui las vacas... ¡Pablo! (*Llamándole*).
Pablo. (*Dentro*). Señor.
Ambro. Ven enseguida. (*A Miguel. Bajan al proscenio.*) Verás como habré tenido que costear un banquete a los lobos.
Miguel. ¿Y si te equivocas?... No adelantemos los acontecimientos... Si luego resulta que no se perdió nada, te habrás dado el mal rato inútilmente.
Pablo. (*Saliendo*). Señor...
Ambro. ¿Está todo el ganado en casa?
Pablo. Sí, señor.

Ambro. ¿Y qué ha pasado?

Pablo. Un revoltijo enorme... aquello era el *espanto*... los animales habían olido al lobo... las yeguas relinchantes, estremecidas de nervioso susto, habían pegado locas carreras en desatinado curso, enhiesta la cabeza, espadañada la cola, con las narices espasmódicamente abiertas recogiendo del aire la anunciante emanación temible del enemigo... el olfato del lobo. Las vacas se habían agrupado medrosamente, bajo la testa, resoplando el suelo con bufidos profundos, estremecidos los ijares de breves mugidos, que se repetian extrañamente, como apresurados llamamientos de miedo y auxilio... llegaba a casa el ganado en precipitada marcha, sudoroso y asustadizo, atropellándose en el corralón a las puertas de los establos, no creyéndose aún bastante a refugio. Llegaron las ovejas con inusitada ligereza...

Ambro. ¿Pero estás seguro de que ha bajado el lobo?

Pablo. Sí, mi amo, el lobo ha bajado de la Somosierra a mediodía; dió muy marcada la señal el ganado, se lo conocí perfectamente; esta tarde el lobo ha hecho alguna. Las últimas, en despavorida desbandada, en tropel galopador, llegaron las cabras...

Ambro. (*Movimiento de estupor en Ambrosio. Pausa. Aturdido*). ¿Y el mozo? ¿Y el mozo?

Pablo. (*Pablo menea la cabeza en signo siniestro y dice*): Con el rebaño no ha venido Eulalio.

Ambro. *Ambrosio adivinando una desgracia exhala un grito de angustia. Se lleva las manos a la cabeza y se deja caer en una silla*). ¡Ay!... Pronto... Juan... (*Llamándole*). Juan.

Pablo. Voy por él.

Escena II

Dichos, JUAN y luego comparsería

Juan. No es menester. (*Saliendo*). ¿Señor? ¿Qué manda el señor?

Ambro. (*Desconcertado*). No, nada... pero... «si» he dicho... ¿Qué haces?... ¿Qué habéis hecho?... (*Estupor general*).

MIGUEL. Calma, Ambrosio, calma; sosiégate... toda l[a] aldea está en movimiento. (*Voces fuera de gent[e] que va llegando*). El perecerá. Los hombres orga[-]nizan la partida para buscarle a él y para dar caz[a] al lobo.

VOCES FUERA. ¡Al lobo! ¡Al lobo!

MIGUEL. ¿Ves? Ya están aquí. (*Va llenándose la escena d[e] serranos, encapuchados en raros capotes, armado[s] de viejas escopetas de chispa; al cinto cuchillo[s] de formas arcaicas; alguno lleve empuñada u[n] hacha; otros blanden chuzos o garrotes herrados*).

AMBRO. Sí, sí; que vayan pronto.

JUAN. ¿Estamos todos preparados?

COMPAR. Sí.

JUAN. ¿Y Nicasio?

COMPAR. Ha partido ya con otros cuatro exploradores.

JUAN. Pues, organizada la partida, vamos allá nosotro[s] también.

MIGUEL. Que Dios os dé fortuna.

AMBRO. El bendiga vuestro esfuerzo .(*Brusco silencio e[n] la escena. Ambrosio la recorre atribulado co[n] alternativas de alborotado y declamante desespe[-]ración o de laxos silenciosos. Miguel en segund[o] término, inclinada la cabeza, caídos los brazos [y] juntas las manos, le mira compasivamente y res[-]peta su aflicción*).

ESCENA III

AMBROSIO y MIGUEL

AMBRO. (*Ensimismado*). ...Pero ese muchacho es un ani[-]mal... un pobre desgraciado... le va a destroza[r] el lobo por zoquete... ¿Por qué te quedaste en e[l] monte con la tarde que se presentó? ¡Burro d[e] reata! Hubieras vuelto a casa más que aprisa; [s]i alguna res te faltaba, que reventase la res y e[l] diablo, y volvieras a casa con mil de a caballo...

MIGUEL. (*Aparte*). La voz del remordimiento... ¡Cóm[o] atenaza!

AMBRO. (*Continuando su monólogo, hablando consig[o] mismo*). ...¿no veías, pedazo de corcho, que si t

sorprendía la noche de nevada en el monte eras perdido...? Quizás a esta hora...

MIGUEL. (*Aparte*). Ayer... «Si vuelves a perder otra res, te echo de casa a patadas», según me han dicho, y hoy... «Si alguna res faltaba, que reventase la res». Quiera Dios que no sea tardío el remordimiento.

AMBRO. (*Como volviendo a la realidad*). Miguel, Miguel.

MIGUEL. Calma, calma, esperemos..

AMBRO. ¡Ay, Miguel! Me temo que el miedo infundido a Eulalio, haya sido causa de un suceso sangriento.

MIGUEL. Quizás se halle refugiado en una cueva, donde habrá pasado la noche, y aguarda la ocasión de poder regresar sin peligro de hundirse en la nieve.

AMBRO. (*Con honda emoción*). ...Ahora comprendo tus reproches por la rudeza de mi carácter... Ahora me parece estar viendo a Eulalio que con aquella cabeza caída sin palabras de recriminación y aceptando con resignación dolorosa el desgraciado destino de su vida, de esa vida que temo haya sido desenlazada en sangriento final... Me parece ahora que me está mirando y que, con mudo ademán, me dice:—«¿Y ahora? ¿Estás conforme? Ya no te haré más enfadar... Te estorbaba y ya no existo para no incomodarte; he tenido más miedo a tu ira que a la muerte... aquel niño que tu quisiste... hecho mozo para que le aborrecieras... ¿Me vés? Sólo soy ya una sombra de pesadilla, de remordimiento, porque no, no has sido bueno conmigo, tu, mi único protector...»—Esto parece que me dice como una lamentación, más que como reproche. Veo su frente, que nunca acariciaron manos cariñosas, abatida, al peso de la pena de la orfandad...

MIGUEL. Ambrosio. ¡Por los clavos de Cristo!...

AMBRO. ...Veo aquellos ojos que nunca alegró la visión, del mundo, siempre hostil para él; aquellos labios plegados en amargo gesto de amargura inveterados labios que nunca besaron a la madre; aquel corparrón contrahecho, desgarrado, sangrando, destrozado por una fiera montés; aquel cuerpo que sólo tuvo por madre verdadera y entrañable a la Caridad, porque también para aquella alma había goteado la sangre del corazón de Cristo; aquel cuerpo que había sido mordido y destrozado y hocicado por un lobo, como su alma antes había

sido mordida, destrozada y hocicada por los lobo hombres. (*Pausa. Bulla y voces fuera de hombres ladridos de perros, resonar de pesados bastone sobre el enlosado*).

MIGUEL. Ya están aquí los primeros... algo sabremo ahora... (*Aparte*). No me atrevo a esperanzarle También yo me temo una desgracia y entonce fuera peor. Vamos a salir de dudas.

AMBRO. ¡Qué tortura! ¡¡Qué frenesí!!

ESCENA IV

Dichos, ANTONIO, ISIDRO y JOSÉ

ANT. (*Se presenta con la zamarra ensangrentada d Eulalio, el garrote partido por la mitad y u pedazo de camisa*). Mi amo... Sólo esto hemo encontrado...

AMBRO. Y MIGUEL. ¡Dios mío! (*A Ambrosio se le doblan la piernas; se apoya sobre Miguel con la cabez caída sobre la espalda de éste*).

ANT. Esto hemos encontrado, mi amo, detrás de u peñasco; unos cuantos hemos bajado a enseñár-selo... los otros han seguido un rastro de sangr que, desde allí, parte hacia los bosques... per luego tendrán que volver: ¡qué noche de nevada! Dentro de una hora ya no se podrá caminar...

MIGUEL. (*Estupefacto*). ¡Su zamarra...! ¡¡su garrote...!! ¡¡¡un pedazo de su camisa con huellas de diente y trozos de piel...!!!

AMBRO. (*Desolado*). Miguel, Miguel... yo soy el culpa-ble... tu que eres bueno,.. di a Dios que teng piedad de mí.

MIGUEL. La tribulación es el agua regia de las almas: al raspón de la piedra de toque de las penas, los corazones, que son oro de ley, se rayan de vetas de luz, y de regueros de sombra aquellos que, creyéndose buenos, son vano oropel, delgada capa dorada chapeando un fondo de negruras.

AMBRO. ¡Piedad!

MIGUEL. Tu alma es buena, Ambrosio, y, en brazos del dolor, se eleva a Dios. (*Deja a Ambrosio derri-bado, más que sentado, en el sillón, de baqueta,*

postrado en silencio. Antonio, Isidro y José, se agrupan en rededor de la lumbre sobrecogidos mirando de reojo al amo y compadeciéndole. Luego Miguel pasea disponiéndose para dirigir el rosario). ¡Bendita cruz! Clavadas en tí las almas malas mueren encanalladas y renegadas; las buenas resucitan a la luz de Cristo!... Rezemos por el alma de Eulalio... Por la señal... (*Siguen en voz baja. Pausa*).

MBRO. (*Con fuerte suspiro*). Hágase tu voluntad... (*Pausa. Luego suenan con vigor unos golpes que figuran dados con la aldaba en la puerta de entrada a la casa. Miguel se para. Ambrosio se incorpora en sobresalto. Antonio, Isidro y José, se ponen de pie anhelantes. José va a abrir la puerta*).

MBRO. ¿Que será? (*Pausa*).

Escena última

Dichos y EULALIO, JUAN y COMPARSAS.

(*Expectación. Siguen gritos ininteligibles, de asom- 'o, de José. Todos se ponen de pie anhelantes. Estupe- cción general. Eulalio, en visión increible y fantasma- ›ria, sobre el umbral de la primera puerta de la derecha, ·sgarrado, semidesnudo y sangriento, aparece con un brito muerto que suelta en medio de la escena. Seguida- ente aparece Juan con otros varios de la partida. Am- 'osio como queriendo despertar de un sueño, se restrega s ojos, y, mudo de sorpresa, quiere hablar y no puede, y y le abraza*).

ULA. Mi amo... este chivo le mató el lobo... yo maté también al lobo, en el monte le he dejado... yo no quería perder otro chivo... ahí se lo traigo.

MBRO. (*Pudiendo apenas contener su emoción y sus lágrimas*). ¡Pero Eulalio! ¡hijo mío!... ¿por qué eres tan animal?... mira, no es que te insulte, yo soy así, todos los criados me conocen, menos tu... ¿por qué me has hecho pasar este tormento? Te quiero como cuando eras pequeño... (*Arranque*).

IGUEL. Ahora cuéntanos como ha sido...

AN. Es un bravo, pero no sabe contar su hazaña.

MIGUEL. Ya, ya; presentimos su grandeza.

JUAN. Nosotros, a fuerza de preguntas, hemos podi sacar algo de lo que pasó y con ello y con lo q se adivina, pudimos reconstruir la escena que confirmó y que sin duda alguna se desarrolló esta suerte: (*Durante este monólogo que despie vivo y creciente interés general, Eulalio vá cor borando y asintiendo ora con signos afirmativ ora con gestos de sorpresa, terror, ira, alegr movimientos que ilustrarán la narración de la s grienta hazaña*). La lucha fué breve y heroica; perrucho, que en noble sacrificio de lealtad se l zó a la fiera, fué muerto en el acto de furiosa den llada. Pero en el mismo instante el cabrero, ap vechando la distracción de la fiera, que remata su víctima, se lanzó velozmente a ella, y giran en el aire el garrote, con todo el impulso de corpachón de mozo forzudo, lo asentó sobre l lomos de la bestia... fué un palo terrible. Crugió espinazo del lobo, que se derrengó rugiendo sob los cuartos, y el garrote voló roto en dos cach Entonces Pierdechivos se envalentonó: tenía a sí a la fiera inutilizada para saltar, para atacar c esos botes al sesgo que hacen temible e invul rable al lobo, y desigual la pelea con él; allí tenía ahora arrastrando medio cuerpo, emplead sólo en sostenerse las potentes zarpas de s manos; presentándole su única arma; la espanto amenaza de su cabeza, donde los ojos eran fue y los fauces rojos daban un color sangriento la obscuridad tormentosa del crepúsculo; y gorja crespa se hinchaba en un rugido que hela la sangre. Pierdechivos entonces se aprovechó su ventaja; dió vueltas enrededor del lobo, q le iba presentando la boca abierta, arrastrándo sobre sus patas; y en una ocasión propicia el zag le lanzó un pedrusco, que derribó al lobo de co tado; entonces se abalanzó a él, navaja en man y la hundió con bravo empuje en un costado la fiera; esta dió un alarido de dolor y tiró un b cado al hombro de Pierdechivos sacándole ent el desgarrón de la camisa un pingajo de piel. E tonces fué la lucha ciega, sin instinto de defensa. pegaba cuchilladas el mozo sobre el lobo, s apartarse de él, embriagado de furor. Se le hab desgarrado la zamarra y la camisa entre los dier

tes del enemigo; sangraba de ambos brazos y de un hombro; y en esa vesania épica que aturde a los héroes en el calor de la hazaña, tardó un rato en darse cuenta de que ya sólo apuñalaba a un cadáver. Entonces se echó a cuestas el lobo y el cabrito, y con su doble trofeo emprendió monte abajo el regreso a casa. Pero estaba exhausto de fuerzas; aquella doble carga agotó sus energías; chorreaba de sudor y de sangre. Era ya noche obscura, nevaba, se extravió en el monte; erró a la aventura, desorientado... una vez cayó en tierra y tumbado sobre la nieve, inerte, estuvo largo rato... pero en su alma heróica surgieron nuevas energías; se levantó, por aligerar la carga abandonó el cadáver del lobo, cargándose sólo con el cabrito y por caminos de rodeo llegó al cauce de la acequia al otro lado de la aldea donde le alcanzamos aureolado de gloria con su chivo a cuestas y rendido de fatiga.

IBRO. (*A Eulalio*). Ya ves... te has expuesto a la muerte tontamente... me hubiera yo muerto de pena; ¿no me conoces, bruto? Eres un bravo... ¿Le veis? Un héroe ha matado un lobo... por no dejarse llevar un chivo... esta sangre que le cubre es sangre vertida por el amo... esta sangre te me prohija y obliga para siempre... ¡Qué contento estoy, Dios mío! Gracias, Miguel; ya no tendré esos dos defectos; a este mozo se lo debo... es un héroe... Aunque me oigas vocear y te llame motes es que te quiero, desde hoy eres hijo mío dos veces... mil veces... chivo valiente... héroe...

IGUEL. ¡¡Viva «Pierdechivos»!!...

DDOS. (*En colectivo entusiasmo*). ¡¡Vivaaa!!

Recomiéndese a todos este grito para evitar que resulte diculamente lánguido.

TELÓN